

dición que le llevó, triunfante, hasta Compostela. La Catedral siguiente —tercera o románica— fué erigida en tiempo del Obispo Pelayo (1065-1085), y pronto alcanzó gran importancia, cabiendo suponer que fuera sede de los famosos concilios leoneses. La cuarta catedral, o sea la gótica, la concibió el Obispo Manrique de Lara, cuya muerte acaeció en 1205, reinando Alfonso IX; pero, contra lo que consignan Lucas de Tuy y otros cronistas posteriores, no se comenzó a edificar hasta la segunda mitad del siglo XIII.

Se desconoce quién fué el arquitecto o maestro autor del proyecto del grandioso monumento y primer director de las obras, pues los más antiguos artífices de las mismas, que aparecen consignados en documentos del archivo catedralicio, son Enrique, francés, y Juan Pérez, español, quienes, simultaneando su trabajo en esta Catedral y en la de Burgos, fallecieron en 1277 y 1296, respectivamente.

Pese a sus grandes proporciones y manifiesta importancia, esta Catedral fué edificada en menos de medio siglo. Empero, la historia de sus obras no había llegado todavía a la última página, ya que, transcurrida una centuria, se inicia la que alguien ha denominado fase dramática del pasado del gran monumento y caso tal vez único en los anales de la Arquitectura religiosa. No se sabe si debido a error de cálculo en la edificación del enlace de los arbotantes del crucero y la cabecera —en la que acaso se exageró la característica ligereza del templo— o a la mala calidad de los materiales empleados, flaqueó uno de aquellos pilares, y la Catedral presentó inequívocas señales de ruina en el brazo del crucero. Ya en el siglo XV se acometió la restauración, pero los remedios adoptados no impidieron que en 1631 se hundiera la bóveda central, que fué sustituida

por una enorme cúpula con lucernario ideada por el arquitecto Nevada, a quien pasó inadvertido que su gran peso aumentaría el originario desequilibrio. A comienzos del siglo XVIII Churriguera elevó la cúpula mediante cuatro grandes pináculos asentados sobre las pilas torales, con remates y prolijos adornos; mas no fué esto suficiente para contener el empuje, y en 1743 se derrumbó uno de aquellos pilares, hundiéndose cuatro bóvedas. Aunque se reparó la sustentación y se hicieron de nuevo las bóvedas, subsistió el peligro, al no haber desaparecido la causa. Mediado ya el siglo XIX encargóse de la salvación del monumento el arquitecto Laviña, quien no vaciló en desmontar la obra de Churriguera, con lo cual el paramento meridional acabó por desplomarse, siendo totalmente derribado para levantarlos más gruesos; pero, en tanto, resintióse toda aquella parte del templo, que milagrosamente no se vino abajo. Fué el arquitecto siguiente, Madrazo, quien ideó un adecuado cimbrado que salvó a la Catedral, continuando, una vez conjurado el peligro, la reconstrucción de sus elementos con un criterio teórico de purismo a veces no acertado en la práctica. El nuevo arquitecto, de los Ríos, desarrolló una gran labor reconstructiva. Otro posterior, Lázaro, hizo posible ser abierto el templo de nuevo al culto en 27 de mayo de 1901. Y el último, Torbado, terminó acertadamente muchos pormenores, principalmente del interior.

La *pulchra leonina*, según el conocido dístico, el “milagro del Arte”, como la llamó Jovellanos, salvóse, pues, para gloria de la Belleza y de España, y ahí está como arquetipo de gallardía y delicadeza, de alada ingravidez y eurtmia ponderada y serena, con un gran atrio y sin edificios próximos que dificulten a quien a ella se aproxima, como an-

Detalle del trascoro en la Catedral de León (siglo XVI).

